

Poesía de verano

Con estos calores
molestos de veras,
para mí las musas
dormidas se encuentran.
En nada me ayudan
ni apoyo me prestan,
ni a mí me sucede
como a esos poetas
que los acarician;
no encuentro siquiera
un fútil motivo
en el cual pudiera
inspirarme un poco.
Mil males me aquejan;
y como tampoco
soy ningún poeta
que poseo lira,
ni tengo melemas
de esos que nos dicen
tantas cosas bellas,
que nos cantan siempre
del sol, las estrellas,
la luna, los astros,
el mar y la tierra,
de bellas huries,
de lindas gacelas,
de corazoncitos
de muchas doncellas,
cándidas palomas
(tontería es esa)
románticas, puras,
sencillas e ingenuas,
sólo me conformo
con decir a secas:
«¡Señor, qué calores,
Jesús, cómo aprietan,
parece mentira
que el calor se sienta,
cuando hay tantos *frescos*
y muchas más *frescas*!

ZERAUS.

RÁPIDA

Desilusión

Hay instantes en la vida de toda persona que se recuerdan con delectación y tristeza al mismo tiempo. Esto me decía en una tarde de invierno, enajada de nubes, un muy amigo, a la vez que refería casi una historia de amor.

—Pues verás—me decía—: conocí yo en cierta ocasión y con motivo de un viaje a una sin par mujer. Era morena, no muy alta, soñadora y poética; la daban a conocer dos ojos de una intensa negrura; es decir, poseía estas admirables cualidades unidas todas en graciosa mescolanza y contrastando en un conjunto de suprema belleza.

Deseaba hablar con aquella mujer y se me ofreció momento oportuno al preguntarme la hora; y yo, solícito, deseoso de complacer en algo a aquella mujer que tan internamente me había interesado, saqué mi sencillo reloj y con voz no muy segura, por el respeto que me inspiraba, la dije: Las tres.

Con una ligera sonrisa, propia de su vejeidad, pagó mi insignificante favor; yo, por mi parte, y deseoso de amistar me con

ella, musiré: Como verá usted, no es muy tarde, sólo son las tres, es el comienzo de una bella tarde, aunque no tan bella como usted.

Me había estado oyendo, al parecer indiferente; mas estas últimas palabras la sacaron de su indiferencia y la animaron para hablarme, y con su arpegica voz, decirme: Gracias, adivino que es usted muy amable y que efecto de su amabilidad me ha dicho esas palabras, pero no, no puedo ser tan bella como la tarde. Y sin darle tiempo a que siguiera la dije: Sí, es usted para mí más bella que la tarde, porque la tarde es, tan sólo, de una contemplación pasajera y, al fin, hay muchas; pero usted es de una contemplación eterna y para mí... es usted sola en el mundo.

Extrañeza, estupor, algo que no entendía fueron mis palabras para ella; y cuando me iba a decidir para explicarla toda mi pujante pasión que pugnando estaba por salir de mi boca, ¡infausta coincidencia!, paró el tren en el andén de la estación donde ella se dirigía.

Un tembloroso contacto de nuestras manos acompañado de una lacónica frase de despedida y de una prometedora y expresiva mirada, fueron el principio y el principio del fin de todo aquello; y digo el principio del fin, porque desde aquel día, que gravado quedará en mi memoria mientras viva, no he visto mujer como aquella; mi vida es un continuo sufrir; ya mi amor, frustrado en su primera e inconcusa manifestación, quedará extinto para siempre.

Esto me contó mi amigo; y como viera yo que estos recuerdos le entristecían, traté de que habláramos de otra cosa y, en efecto, una observación momentánea me ayudó en mi propósito; y entonces, nuestra charla divagó por otros derroteros, hablamos de poesía, de música, de mil cosas todas ellas animadas y del mayor agrado para nosotros.

En el transcurso de nuestra nueva conversación, cuando ésta se hallaba más animada por parte de ambos, no pudo pasar para mí desapercibida una leve sombra de tristeza en el rostro de mi amigo, que me obligó a decirle: Desecha preocupaciones, disipa esos pensamientos que quieren, quizá, enloquecer, y olvida...

Y al presto oscurecer de aquella tarde invernal, muy quedo y al oído, como si alguien pudiera oírle, me decía: Es que hay instantes en la vida de toda persona que se recuerdan con delectación y tristeza al mismo tiempo.

CRUZ M. ESPADA

ROMANCE

CUANDO SUEÑA EL ALMA

Qué sueños más bellos,
qué dichas más gratas,

en estos rincones
de la vieja España.
pasé en armonía,
en la quietud santa
de todo el que en sueños
el ideal halla.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya entre las virgíneas
espigas doradas
que en la madre tierra
hizanse galanas,
veo a los reflejos
de una luz extraña
la efigie donosa,
idealizada,
de la huri venusta
que en mi sueño hallara.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya los ruiseñores
sus trinos exhalan
entre la floresta;
batiendo sus alas
al rítmico son
de dulce sonata,
mensajes traían
llenos de esperanza,
del ideal bello
con el cual soñara.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya al son de la guzla
que pulsa agitada
mi trémula mano,
añora esperanza
mi vida, que en sueños
rosados, ufana
de amores plática
entre la enramada
de bellos jardines
do el ideal halla.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Qué campos más bellos
qué dulce y rosada
para la existencia,
el alma cristiana
en estos rincones,
tranquilas moradas
que sueños pregonan,
a las destelladas
del alba entre flores
de amor matizadas.
¡Qué bello, qué bello
es que sueñe el alma!

Ya el pájaro entona
su alegre alborada.
El sol se descubre
entre las montañas,
y su bella crespa,
pura como el aura,